

EN TORNO A TRES TEMAS DE C. WRIGHT MILLS

R. GARZARO*

AUNQUE Mills dio a su obra el título de *La élite del poder*, a secas, y se refiere concretamente a varios aspectos casi diríamos exclusivos de la política de los Estados Unidos, nosotros trataremos de sacar esos mismos temas de esas fronteras y ponerlos en lo posible en la generalización teórica, quizá con algún matiz hispanoamericano. Más o menos en todos los países existe una élite de poder, y aunque hay rasgos que distinguen a una de otra, en cierta medida presentan analogías que son las que aquí utilizaremos para la explicación de fenómenos que ocurren en la mecánica del poder político. Cabe advertir, desde luego, que partiremos de modelos liberales, y que no están incluidas en estas consideraciones los modelos socialistas, cuyas características merecen estudio separado que cae fuera de los límites de este breve trabajo.

Digo modelos liberales por darles un nombre, aunque más correctamente debiera llamarles "neoliberales"; sus fundamentos pertenecen al Liberalismo, pero las adopciones de otros sistemas son tantas, que ya no puede pensarse en el modelo clásico puro. El neoliberalismo ha hecho incorporaciones, sobre todo, del socialismo, a pesar de que lucha contra él. Una vez más se demuestra que la lucha conlleva interabsorción, tal como aconteció con las Cruzadas y con cualquier guerra.

Entre los muchos temas que desarrolla Mills he elegido tres, que a mi entender, pueden generalizarse más fácilmente y rebasar las fronteras norteamericanas.

* Profesor de Ciencias Sociales en la Facultad de Estudios Generales de la Universidad de Puerto Rico.

La teoría del equilibrio:

En la actualidad los ciudadanos no quieren preocuparse de los problemas más morales de la economía política, y fácilmente aceptan la idea de que el gobierno es una máquina automática regulada por el equilibrio de intereses en competencia. El automatismo moderno ha llegado hasta las mentes del pueblo que por todas partes ve máquinas que resuelven todo tipo de problema; un laberinto maquinístico en que el hombre casi ocupa el papel de simple espectador sin perspectivas de participar en la competencia que se libra entre las máquinas, a cuyo mundo se siente ajeno; idea que no comparten los grandes empresarios y los altos jefes militares, quienes, a la inversa del pueblo, tratan de capitalizar a favor de los grupos a que pertenecen la indiferencia del pueblo, para resolver los problemas en la forma que más conviene a sus intereses. Y el pueblo cree que el poder está realmente velando por los intereses de la generalidad, y que cada miembro de las altas esferas gubernamentales es fiel servidor de los intereses de la comunidad.

De acuerdo con los principios liberales equilibrio, o frenos y equilibrio, vienen a ser el mecanismo principal con el que la libertad económica y política quedan garantizadas y se asegura la ausencia de tiranía; elaboración teórica que no tiene reflejo fiel en la realidad, si observamos cualquiera de los regímenes vigentes en la actualidad, debido a que la idea de equilibrio se ha desdibujado en el horizonte político y los grupos de poder lo han roto. Equilibrio que no puede mantenerse en tanto en cuanto cada grupo vela únicamente por su propio bienestar y se aduzca como justificación a esta actitud la libertad que cada uno tiene de hacer lo que mejor le parezca. John Stuart Mill consideraba que todo lo que tiende a destruir la individualidad es tiranía, despotismo, de donde se explica por qué para los liberales, o neoliberales, los sistemas colectivistas contienen una gran dosis de despotismo, ya que en éstos la comunidad está por encima de la individualidad. Aquí, en las teorías de los padres del liberalismo, en donde se encuentra la explicación de la calificación que por principio hacen los liberales de los sistemas colectivistas, que sin parar mientes los califican tiránicos.

Entendida en su concepto más amplio la teoría del equilibrio del poder significa que un interés no puede imponer su voluntad y sus condiciones a otros; o que cualquier interés puede crear un empate; o que, con el tiempo, puede quedar satisfecho un interés y luego el otro; o que todas las políticas son resultado de transacciones, que nadie consigue todo lo que quiere ganar, pero que cada cual obtiene algo.

Según esta explicación de Mills la teoría del equilibrio en el poder no viene a ser más que la teoría de la libre concurrencia trasladada a la política. Según la teoría económica todos pueden competir libremente en el mercado, pero en la práctica solamente lo hacen aquellos que disponen de los medios necesarios para entrar en la competencia. Los que disponen de esos medios son muy pocos. Lo mismo ocurre en Política.

Al aludir al equilibrio de poder en los Estados Unidos, Mills hace referencia a los grupos de presión cuyos intereses están generalmente divorciados de los intereses del pueblo. En la máxima institución del liberalismo, el Congreso, que teóricamente es donde se debe mantener el equilibrio del poder, resulta que, en primer lugar, el poder del organismo legislativo ha sido sustituido por un poder casi ilimitado del organismo ejecutivo, y que en aquello en que realmente decide, sus decisiones están estigmatizadas por los intereses de grupos que los diputados o senadores representan, según compromisos contraídos en las campañas electorales subvencionadas por esos mismos grupos que, en muchas ocasiones, realizan sus mejores inversiones durante las campañas electorales. Como dice Mills, antes de que ocupe su escaño. Y debe advertirse que los que compran no son los grupos desposeídos. Compra implica desembolso, y desembolsos hacen quienes tienen medios económicos suficientes para tales menesteres. Mills cree que, en consecuencia, las voluntades de algunos representantes están en subasta al mejor postor.

Este problema que Mills refiere a los Estados Unidos podemos encontrarlo en otros países del nuevo Continente, aunque quizá no en forma institucionalizada, debido a la existencia de partidos fuertemente centralizados que adoptan determinadas decisiones que exigen a los representantes que tienen en los Congresos. En esa situación se hace más difícil a un representante actuar en forma particular por cuenta de grupos de intereses. Estos grupos acuden, entonces, al soborno de los dirigentes, para que éstos impongan como línea del partido la actitud que conviene a los grupos. En muchos países el Presidente es a la vez jefe máximo del partido gobernante y en esos casos la única voluntad que se requiere es la del Presidente, que luego se encargará de satisfacer las exigencias de los grupos que se han acercado a él.

Dice Mills que los "equilibrios y los frenos pueden entenderse como formulación alternativa de la norma 'dividir y gobernar' y como un modo de entorpecer la expresión más directa de las aspiraciones populares. La teoría del equilibrio se funda con frecuencia en la idea moral de una armonía natural de intereses, en relación con

los cuales la codicia y la crueldad se concilian con la justicia y el progreso". Esa doctrina de la armonía de intereses, según Edward Hallett Carr, sirve de ingenioso artificio moral invocado por grupos privilegiados con el fin de justificar y sostener su posición de dominio. En la realidad esa armonía de intereses deja fuera a los intereses populares, con lo que, repetimos, el equilibrio no es equilibrio real del poder político de toda la comunidad; es de simple equilibrio entre grupos de poder, pero no del poder que gobierna al pueblo. En el congreso, que es donde teóricamente debe residir el equilibrio, los miembros representan a aquéllos que tuvieron éxito en sus empresas y profesiones. Los congresistas, generalmente, carecen de la experiencia del asalariado o jornalero, esto es, del obrero; casi todos los congresistas pertenecen a las altas clases, viejas y nuevas de la sociedad local. En el Senado de los Estados Unidos no hay obreros o empleados de salarios inferiores, y en la Cámara de Representantes quizá haya uno o dos.

El fenómeno que se observa en los Estados Unidos, en que cada día es mayor el número de problemas fundamentales que no se plantean ante el Congreso o sus comités, y menos ante los electores en el curso de las campañas, se puede apreciar también en otros países. Teóricamente el Congreso es la autoridad máxima y el punto de apoyo del equilibrio del poder, y de él debieran emanar las grandes decisiones; sin embargo, los presidentes se amparan en la urgencia para tomar algunas resoluciones, que luego presentan ante el Congreso como algo irrecusable. Esta situación se presenta a menudo en los asuntos internacionales, sobre todo.

No se puede negar totalmente que el Congreso sea el asiento teórico de los niveles medios del poder, y es en estos niveles en donde prevalecen, o debieran prevalecer los frenos y equilibrios, aunque sean frenos y equilibrios entre grupos de presión, como antes señalábamos.

El equilibrio y los frenos dentro del Congreso de los Estados Unidos quizá sería mayor si en ese país hubiese partidos sólidos y centralizados. La ausencia de esos partidos facilita una mayor penetración en los asuntos políticos a los grupos de intereses, generalmente económicos. No hay, tampoco, como dice Karl Mannheim, "la institucionalización de una doctrina fija que todos los miembros de la élite dirigente han de aceptar sin reservas" característica de la élite soviética, por ejemplo. Este fenómeno se presenta "siempre que una organización de masas tiene que reemplazar de repente a una clase dirigente de tradición histórica, cuando hay que 'domesticar' a gran-

des asociaciones seccionales, o fundir grupos heterogéneos sin tradiciones comunes”.

En las estructuras sociales capitalistas, estima Mannheim, “las clases medias tienen un poder estabilizador, porque se desarrolla en ellas una psicología tendiente al equilibrio; se sienten igualmente temerosas de ser suprimidas por una oligarquía o aplastadas por el proletariado”.

El fenómeno que señala Mannheim se produce efectivamente en las sociedades capitalistas, estructuradas sobre las teorías liberales, sin embargo, difícilmente se produce en los Estados Unidos, en que, para los controles del poder, la clase media, elástica e indefinida, no participa en forma clara dentro del organismo genuino de frenos y controles que para el Liberalismo es el Congreso.

Cree Mannheim que “si existe una movilidad suficiente entre las diversas clases, la posibilidad de un ascenso social de las posiciones de la clase baja a las de la clase media, y una seguridad adecuada para los que carecen de privilegios, las revoluciones resultan poco probables”; sin embargo, esta aseveración es discutible, y de dudosa aplicación en cualquier estructura capitalista, ya que podrá existir movilidad social en las capas bajas e intermedia y en menor escala en la clase alta, pero si la autoridad se convierte en superdominio, en vez de ser ejecutora de las disposiciones que emanan de la sociedad, de nada servirá la movilidad en las clases bajas.

Buscando un fundamento económico al equilibrio social, cree Mannheim que en un sistema capitalista “únicamente una firme prosperidad y un aumento adecuado del poder de compra para todos puede garantizar la continuación del equilibrio social”. Posiblemente Mannheim peca en este párrafo de excesivamente optimista, porque para que aparezca la situación que él señala será necesario que surja la sociedad colectivista, y que todos dispongan de adecuado poder de adquisición. En un sistema capitalista la prosperidad siempre estará en manos de unos pocos, pues, es un defecto del sistema y no de las personas.

Tras la teoría de frenos y equilibrios como sistema de decisiones políticas se encuentra la teoría de clases, según la cual el Estado es o debería ser un sistema de frenos y equilibrios, porque la sociedad es un equilibrio de las clases, y lo es porque su punto de apoyo y estabilizador es la fuerte e independiente clase media. Este principio que fue defendido por los padres del Liberalismo no es aplicable a los Estados Unidos, ya que la sociedad norteamericana actual se compone “de una economía en la que los pequeños hombres de empresa han sido substituidos en las zonas claves por un puñado de empresas cen-

tralizadas; de una forma de gobierno en que la división de la autoridad se ha desequilibrado de tal modo que el poder ejecutivo es el dominante; el legislativo se ha visto relegado a los niveles medios del poder, y el judicial, con el retraso debido, va a la zaga de una política que no ha iniciado. En la nueva sociedad claramente hay una economía política donde los asuntos políticos y económicos se hallan intrincada y profundamente unidos". Esta situación no se observa en igual escala en otros países en que las grandes empresas centralizadas todavía no han dominado los mercados, aunque ya atisban. En algunos hace ya tiempo que el poder ejecutivo es el dominante y los otros dos son simples acompañantes en las responsabilidades, aunque no participantes en las decisiones.

Junto a la antigua clase media independiente surgió dentro de la sociedad corporativa una nueva clase media subordinada, compuesta por los llamados "empleados de cuello blanco", que no constituye una base independiente de poder. En el aspecto económico está en la misma situación que los trabajadores asalariados sin propiedades, y en el aspecto político su situación es peor, pues, no están tan organizados.

En los Estados Unidos, señala Mills, surgió hace algunos años una fuerza que aparecía como un bloque de poder independiente; nos referimos al trabajo organizado: Los sindicatos aparecían como fuerza que podía influir en las decisiones nacionales; sin embargo, su poder fue rápidamente reducido y actualmente es muy poca la influencia que ejercen. Se puede decir que no hay dirigentes obreros, cuya opinión pese a los ojos de los políticos encargados del gobierno visible.

Cree Mills que "cuando la variada clase media constituye un engranaje del equilibrio político, el político profesional influye sobre las decisiones. Cuando la clase media decae como serie de fuerzas políticas autónomas, la sociedad equilibrada decae como sistema de poder y los políticos de partidos de las localidades soberanas quedan relegados a los niveles medios del poder nacional". "La idea de que el sistema de poder es una sociedad en equilibrio, supone asimismo que las unidades que se equilibran son independientes entre sí, pues, por ejemplo, si el negocio y el trabajo o el negocio y el gobierno no son independientes uno de otro, no pueden verse como elementos de un equilibrio libre y abierto".

La sociedad de masas:

En la estructura social norteamericana el Gran Público se presenta como la sede de todo poder legítimo; se le considera como el equilibrio mismo del poder democrático. La libertad de opinión impulsa

la discusión, y la discusión se convierte en el medio predilecto de depuración de las ideas de la sociedad, las cuales son, teóricamente, puestas en práctica por los órganos correspondientes del Estado y trasladadas al pueblo como disposiciones legales; en términos rusonianos: la "voluntad general" que se recoge en concreto en una determinada ley.

La organización de órganos autónomos de la opinión pública y la posibilidad de replicar se dice que es producto de la democracia liberal; ahora bien, habrá que observar hasta qué grado la emisión del pensamiento ciudadano participa efectivamente en las grandes decisiones, o si únicamente existe el derecho a opinar se opina, y el grupo gobernante actúa a su manera, ya que, "en la medida en que el público vea frustrada la realización de sus aspiraciones, sus miembros pueden rebasar la crítica de un sistema determinado y discutir las propias legitimaciones de la autoridad legal". Y cuando se llega esta situación se está al borde de una revolución. El poder constituido ha perdido el sustento público. De lo contrario no se discutiría su legitimación. En parte se debe esto a que el Congreso se ha convertido en simple avalista de las decisiones del ejecutivo.

La transformación del público en masa ha sido al mismo tiempo una de las tendencias primordiales de las sociedades modernas; y esto puede proporcionar una clave importante para entender a la élite del poder. El significado de la élite variará si el público se está transformando en sociedad de masas. Los Estados Unidos de hoy no son, en el sentido absoluto, una sociedad de masas, como no han sido nunca del todo una comunidad de públicos. Cree Mills que la realidad social es siempre una mezcla de ambas. Lo que no se puede determinar es la proporción que de cada una hay en la situación actual.

Dahrendorf, refiriéndose a la "masa", considera a ésta como una categoría residual definida por exclusión y apenas tenida como fuerza actuante independiente", y citando a Gaetano Mosca se refiere a la capacidad que tiene un pueblo para sacar de su seno nuevas fuerzas adecuadas al mando; lo que equivale a decir que los dirigentes son sacados por el pueblo de la misma masa; fenómeno que no se produce en la estructura norteamericana, en donde esa capacidad aunque teóricamente la tiene el pueblo, en la realidad no puede ejercer, por los particulares resortes que se mueven en la selección de los individuos que integran la élite del poder.

Para captar las diferencias entre público y masa, según Mills, es necesario tener presente las siguientes dimensiones:

- a) La proporción entre los que exponen la opinión y los que la reciben.
- b) La posibilidad de impugnar una opinión sin miedo a represalias internas o externas.
- c) La facilidad con que la opinión influye en las decisiones de gran importancia.
- d) El grado en que la autoridad institucional, con sus sanciones y restricciones, penetra en el público.

De acuerdo con estos puntos de vista, en una comunidad de públicos:

- 1) Expresan opiniones tantas personas como las que reciben.
- 2) Cualquier opinión manifestada en público puede ser comentada o contestada en forma inmediata y eficaz.
- 3) Las opiniones formadas en esa discusión encuentran salida en una acción efectiva.
- 4) Las opiniones formadas en esa discusión encuentran salida en una acción efectiva.
- 5) Las instituciones autoritarias no penetran en el público.

En tanto que en una sociedad de masas:

- A) Es menor el número de personas que expresan una opinión que las que la reciben.
- B) La organización de las comunicaciones imposibilita que el individuo pueda replicar en seguida o con eficacia.
- C) La realización de la opinión en la acción está gobernada por autoridades que organizan y controlan los cauces de dicha acción.
- D) La masa no es independiente de las instituciones.

En la comunidad de públicos domina la discusión y es el medio de comunicación que prevalece, mientras que en una sociedad de masas el tipo de comunicación dominante es el medio oficial y los públicos se convierten en simples mercados de medios de comunicación.

El grupo gobernante, al igual que los grupos de intereses, al referirse al pueblo en general, se refieren "al público", y este público está integrado, por tanto, por los no identificados y de los no partidistas bien definidos: profesionales cultos asalariados (profesores universitarios), empleados no sindicalizados (especialmente gente de cuello blanco), profesionales independientes y pequeños hombres de negocios, ya que al referirse a sí mismos se denominarán: banque-

ros, industriales, comerciantes, agricultores, militares, etc., como algo distinto al pueblo, lo que denota el sentimiento clasista que impera en los altos círculos gubernamentales.

La transformación del público en masa ha sido apuntalada por el cambio de un público político de magnitud restringida a una masa sumamente ampliada sin más condiciones que las de ciudadanía y edad.

En cuanto a organización la transformación del público en masa ha sido apuntalada por el cambio del individuo y su comunidad primaria a la asociación voluntaria y el partido de masas como principales unidades del poder organizado.

El individuo en una sociedad de masas cree que sólo quiere participar como le corresponda de lo que existe a su alrededor, con las menores molestias y el mayor goce posible. No expresa sus deseos; se los insinúan. En la sociedad de masas actúa sin metas; se siente desorientado; la sociedad de masas presta inseguridad y estimula la impotencia.

En la sociedad norteamericana, da la ausencia de asociaciones voluntarias que realmente relacionan al gran público con los centros de poder, lo que se está viendo es la decadencia de una serie de públicos que sólo son soberanos en el sentido más formal y retórico de la palabra.

Por democracia de masas debemos entender "lucha de los grupos de intereses poderosos y de gran escala, que se encuentran entre las grandes decisiones tomadas por el Estado, la corporación y el ejército, y la voluntad del ciudadano como miembro del público".

En la cima de algunas sociedades modernas se nota cada vez más unidad, y en ocasiones parece que hay coordinación voluntaria; en esa cima ha surgido una élite de poder. Los niveles medios son una serie de fuerzas a la deriva, empatadas y equilibradas: este centro no une la cima con la base. La parte inferior de esta sociedad está políticamente fragmentada, e incluso como hecho pasivo, cada día con menos poder; y, en esta parte inferior, está surgiendo una sociedad de masas.

Teoría del poder militarista:

De acuerdo con Charles Wright Mills, si toda política es lucha por el poder, no cabe duda de que el tipo definitivo de poder es la violencia; sin embargo, ¿por qué, pues, no es la dictadura la forma normal y corriente de gobierno? Si la voluntad a tomarse en cuenta para decidir este punto fuese la militar, la respuesta sería afirmativa. El militar, contrario a los fines de todas las demás profesiones humanas que luchan por preservar la vida, su misión práctica es matar.

A menudo se presenta con actuaciones marginales altruistas, pero nadie engaña, ya que el ejercicio de su profesión se manifiesta en la guerra, y hasta hoy no ha habido una sola guerra en que la vida no esté en peligro, a merced de los "señores de la destrucción".

En general, el militar es proclive a la dictadura, y solamente la fuerza civil que descansa en el pueblo, es capaz de contrapesar la opinión de las armas, aunque no siempre triunfe la razón sobre la fuerza; antes bien, a menudo la fuerza de la sinrazón se impone.

Durante la mayor parte de la historia los hombres han vivido de hecho bajo la espada y por cualquier razón los militares han tomado el poder. Y resulta curioso observar que siempre que los militares toman el poder, tratan de justificar su intervención aduciendo la defensa de la libertad.

Cree Mills que en el mundo moderno háy un fuerte contrapeso civil y que la violencia se reduce a un mínimo. Para analizar esta aseveración necesitaríamos observar cuál es el comportamiento del militar norteamericano, dentro y fuera de su territorio. Quizá porque dentro no hay la posibilidad de descargar la agresividad reprimida, con frecuencia trata de ejercer su profesión fuera de sus propias fronteras. Mills parece creer que realmente la violencia ha sido reducida en el mundo moderno, y posiblemente la experiencia nos demuestre todo lo contrario. Analicemos por ejemplo cómo en Hispanoamérica el contrapeso civil no ha sido suficiente para contener la voracidad del poder militar. En este momento los militares dominan en forma abierta o solapada los gobiernos de Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay, Perú, Ecuador, Nicaragua, Honduras, El Salvador, Guatemala, República Dominicana y Haití. Generalmente invocan como justificativo del dominio que ejercen su fervor anticomunista.

Gaetano Mosca, citado por Mills, cree que en cada época hay individuos con inclinaciones a la violencia, y que, según sean las circunstancias que les rodeen podrán llegar a ser un Napoleón Bonaparte, un José Garibaldi, o un Benito Mussolini, etc. Podríamos nosotros apostillar a lo dicho por Mosca, que también se puede encontrar entre los hombres con inclinaciones a la violencia un Luciano, un Gento Russo, un Salvatore Giuliano, que también practicaron la violencia.

Mills se formula la siguiente interrogante: ¿Por qué razón los ejércitos permanentes habrán aceptado la autoridad civil? Podría darse varias razones. Mills cree que en parte se debe a que en los ejércitos se refleja la estratificación social en sus altos niveles. Los ejércitos son institucionales de tipo aristocrático, en que los oficiales han sido reclutados entre los estratos dominantes de la población civil. Las

diferencias sociales se mantienen en la organización: soldados (clase baja), oficiales de baja graduación (clase media), y oficiales de alta graduación (clase alta).

Si analizamos a los individuos que abrazan la carrera de las armas encontramos que en su mayoría la siguen como solución a su vida, ya que muchos fracasan en los estudios liberales y en las academias militares encuentran refugio. Otros temen enfrentarse a la lucha por la existencia basada en la competencia, y encuentran que el ejército les da seguridad, material en cuanto tienen un ingreso asegurado, y espiritual en cuanto viven conforme a rígidas ordenanzas.

El sentimiento de casta de los militares es un rasgo esencial del cuerpo verdaderamente profesional de oficiales. La solidaridad militar es un fenómeno que amerita un estudio, ya que no se manifiesta en igual intensidad en las profesiones liberales.

Generalmente los individuos que ingresan a las fuerzas armadas han tenido frustraciones en la vida civil, y esto les lleva a considerar que la política es una especie de juego sucio, incierto e impropio de caballeros. Los militares creen que los políticos son criaturas ineptas que viven en un mundo dudoso. Manifiestan su desprecio por la política y, sin embargo, participan directamente en la política, olvidando que su función es obediente y no deliberante.

Históricamente las fuerzas económicas y el clima político han favorecido la evaluación civil de los militares, considerando a la institución armada como un mal necesario a veces, pero siempre como una carga. En la mayoría de los países los militares y sus organizaciones absorben grandes porcentajes de los presupuestos nacionales.

Los ejércitos adquieren preponderancia debido a la gran actividad bélica que despliegan, de donde, para reducir su poder, será necesario reducir los movimientos que justifiquen las intervenciones militares. Al exceso de actividad militar se debe que en muchos países los militares integren el grupo de intereses más poderosos, no por su contenido, sino por sus disposiciones.

El mundo militar influye decisivamente sobre sus miembros, a los cuales recluta cuidadosamente, y se destruye los valores previamente adquiridos; los aísla de la sociedad civil y uniforma sus carreras y comportamiento para toda la vida.

Es necesario hacer constar que se necesita una disposición muy particular para ser militar, pues, considerando que los militares están dentro de un aparato de prerrogativas, en que económicamente pueden estar despreocupados y tranquilos, la verdad es que no son muchos los que siguen la carrera de las armas.

En el mundo militar unos mandan y otros obedecen, y generalmente cuando los militares se hacen cargo del mando político de un Estado o ejercen gran influencia, creen que dirigir a un pueblo es igual a mandar en un cuartel, y lo primero que les abruma es la libre expresión del pensamiento de los ciudadanos. Los militares no conciben los sindicatos; las instituciones políticas les parecen obstáculos corrompidos y por lo común ineficaces, llenos de criaturas indisciplinadas y aviesas; les parece vergonzoso que los civiles libremente expresen sus opiniones y se permita la crítica mutua.

Mills cree que "al entrar la política en el ejército, el ejército entra en la política. El militar se ha hecho y se está haciendo político por deficiencia de los civiles, de una parte, y por otra, por la crítica que los civiles hacen de sus decisiones militares".

El ejército participa en la política como grupo poderoso de presión, y por la misma razón que participan en la política los demás grupos, con la ventaja para los militares de que son miembros natos del Estado y que cuanto poseen lo han obtenido de los demás individuos de la comunidad, sin producir ellos nada.

Algunas economías se han convertido en economías bélicas permanentes, debido a que, convencidos de que la guerra es el mejor medio para incrementar la circulación del dinero y el aumento de la producción, la utilizan para mantener una economía floreciente, que en el fondo viene a ser poco duradera, y sumamente peligrosa. Hasta la ciencia en muchos países se ha militarizado, y las investigaciones a menudo son llevadas a cabo por laboratorios militares. El presupuesto militar se encuentra entre los más elevados en gran número de países, aún en muchos que en largos períodos no han tenido guerras, y que no se ve la necesidad de invertir grandes sumas en armamento y otros gastos dispendiosos.

Debido a los avances de la época moderna, los ejércitos no pueden vivir sin una economía industrial, ya que están totalmente mecanizados, y esto los hace más costosos. En la actualidad se habla de "divisiones de caballería" y en vez de caballos se emplean helicópteros.

Los economistas serios suelen considerar a las instituciones militares como parásitos de los medios de producción: únicamente consumen, pero no producen nada.

BIBLIOGRAFIA

MILLS, WRIGHT: *La élite del poder*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

MANNHEIM, Karl: *Libertad, poder y planificación democrática*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

DAHRENDORF, RALF: *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*. Ediciones Rialp, S. A. Madrid, 1962.

MILL, JOHN STUART: *Sobre la libertad*. Aguilar. Buenos Aires, 1964.

CARR, EDWARD HALLETT: *La nueva sociedad*. Universidad de Puerto Rico, 1964.